**MI EXPERIENCIA CON LA DEFENSA DE DIOS**

Salmos 59:9

INTRODUCCIÓN

¿Qué entendemos por “defensa”? Depende a qué nos estamos refiriendo.

La defensa tiene muchos matices a los que nos referimos frecuentemente, por ejemplo, en el área de la salud nos dicen que necesitamos ciertos nutrientes para fortalecer el sistema inmunológico, como las vitaminas, la fibra, los minerales, etc. porque a falta de estos nutrientes estamos expuestos a contraer diversas enfermedades o sufrir el deterioro del todo nuestro organismo. El fortalecimiento de nuestro sistema inmunológico es nuestra mejor defensa contra las bacterias, virus, hongos, parásitos, sustancias químicas o tóxicas.

En el área del deporte, escuchamos frecuentemente acerca de la importancia de la defensa para ganar un partido. Porque el equipo de futbol que tiene los mejores delanteros puede perder el partido si no cuenta con una buena defensa. Porque un rápido contrataque puede vulnerar cualquier defensa débil.

Lo mismo se requiere en el campo militar hay expertos que permanentemente están inventando armas para la defensa de su territorio. Hoy se habla de escudos misilísticos, y antiguamente, la Biblia nos dice que el rey Uzías “hizo en Jerusalén máquinas inventadas por ingenieros para que estuviesen en las torres y en los baluartes, para arrojar saetas y grandes piedras…” (2 Crónicas 26:15)

En el campo jurídico, los abogados están dedicados a elaborar una estrategia de defensa ante las acusaciones de sus demandantes. El abogado es el custodio de las garantías en un proceso penal. Su tarea es defender los derechos de sus clientes, apoyado en los derechos humanos y las libertades fundamentales reconocidos por el derecho nacional e internacional.

En ocasiones debemos salir en defensa en cuestiones más domésticas, como la defensa de nuestros hijos, o de nuestro matrimonio o de un amigo que fue acusado injustamente, o también de los que no pueden defenderse, de los que son vulnerables.

Sin embargo, en cualquiera de estas áreas, sea en la salud, en los conflictos bélicos, o donde se pone en peligro nuestra vida o la de nuestra familia, en los procesos judiciales y en las falsas acusaciones, o en cualquier situación particular, no existe una mejor defensa que la defensa de Dios. Tal como lo afirma Salmos 59:9 “A causa del poder del enemigo esperaré en ti, porque Dios es mi defensa”. No son los hombres, ni las instituciones, ni los expertos, ni tampoco son los recursos que contamos, sino solamente Dios. Dios es mi defensa, Dios es tu defensa.

**I DIOS, PARA NUESTRA DEFENSA NOS PROVEYÓ UNA NUTRICIÓN ESPIRITUAL**

El apóstol Pablo se refirió a esta nutrición cuando escribió “Si esto enseñas a los hermanos, serás un buen ministro de Jesucristo, NUTRIDO con las palabras de fe y de la buena doctrina que has seguido” (1 Timoteo 4:6) Que Timoteo llegue a ser un “buen ministro”, es decir “un buen siervo de Dios” dependía de su nutrición, dependía de lo que leía y qué clase de doctrina o enseñanza escuchaba o recibía. Si en lugar de nutrirse con palabras de fe se nutría con dudas y cuestionamientos, con críticas y prejuicios nunca podría ser un buen ministro. Porque solo lo que uno recibe puede dar. Y de lo que se nutre es lo que habla, piensa y toma decisiones. Si se nutre de superficialidades, sinsentidos y fantasías, compartirá estas cosas y su ministerio será seriamente dañado. Porque nadie puede dar lo que no tiene, porque “de la abundancia del corazón habla la boca”.

Incluso cuando uno lee la Biblia debe profundizar para descubrir su esencia y sobre todo para aprender a nutrirse de ella. No es cuestión de leer simplemente, sino de cómo leemos, tal como lo recalcó Jesucristo cuando un intérprete de la ley le hizo una pregunta, Jesús le respondió “¿Qué está escrito en la ley? (o “qué está escrito en la Biblia”) ¿Cómo lees?” (Lucas 10:26) El “cómo” es fundamental para la nutrición, la asimilación y la interpretación. ¿Lees con prejuicios o con una mente abierta? ¿lees como si Dios te estuviera hablando personalmente o como cualquier libro de lectura? ¿lees para encontrar errores, contradicciones, o para criticar a otros cristianos, o realmente para que la verdad de Dios moldee tu vida?

Así como los virus, las bacterias, los parásitos y las sustancias tóxicas afectan nuestra salud, del mismo modo las falsas doctrinas, las ideas contaminadas, los pensamientos negativos, las sospechas, los juicios prejuiciosos afectan nuestra vida espiritual, deterioran nuestras relaciones con otros cristianos y contaminan nuestra familia.

Para esto, Dios, como es nuestra defensa, proveyó para cada uno de nosotros los nutrientes que necesitamos para no enfermarnos espiritualmente, y también para que instintivamente rechacemos a los que enseñan doctrinas extrañas y nocivas que pueden desviarnos del camino. Además, Dios proveyó los nutrientes que necesitamos, no sólo para nuestra defensa, sino también para que seamos cristianos sanos en la manera de pensar y de sentir, para que vivamos con los frutos del Espíritu Santo que es el amor, el gozo, es decir, la alegría, la paz, la paciencia, la amabilidad, la bondad, la fe, la fidelidad y el dominio propio” (Gálatas 5:22-23)

La gran pregunta sería “¿Cómo lees? ¿cómo te nutres? ¿con qué alimentas tu alma y tu mente? Porque esta es la defensa que Dios preparó para tu vida.

**II DIOS, PARA NUESTRA DEFENSA NOS PROVEYÓ PALABRA Y SABIDURÍA**

Jesucristo les dijo a sus discípulos que los enviaba como “ovejas en medio de lobos”, y les anticipó que serían odiados por todos, incluso que sus enemigos podrían ser de su propia familia, y que los perseguirían y dirían toda clase de mentiras contra ellos y que serían llevados ante los tribunales con serias acusaciones, pero añadió:

“Proponed en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder en vuestra defensa; porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan” (Lucas 21:14-15)

Cuando Dios nos envía a un mundo hostil y agresivo no nos envía como si fuéramos leones haciendo temblar a todos con nuestros rugidos, sino que nos envía frágiles y vulnerables como las ovejas. Nos envía, no a un lugar seguro, a un redil protegido con paredes, sino nos envía en medio de lobos, lobos que tienen garras y dientes para destrozar nuestra carne, para mordernos y despedazarnos. Como las ovejas, no tenemos medios para defendernos, nuestra única defensa no está en nosotros mismos, ni en nuestras cualidades, sino que está en el Pastor, es decir, en Dios. No somos nosotros, no es por nuestra fuerza que podemos librarnos de los lobos, sino que es con la fuerza de nuestro buen Pastor, nuestro Señor quien con su cayado nos infunde aliento. Es Dios quien pone en nosotros las palabras que debemos decir y es Dios en nosotros quien nos da sabiduría invencible como lo prometió Jesús diciendo “que no podrán resistir ni contradecir los que se opongan”

Curiosamente, el tiempo de mayor expansión del cristianismo no se debió al poder de las armas, ni del dinero, ni de la propaganda, ni de las multitudes, sino que esa expansión se debió al poder del Espíritu Santo obrando en hombres y mujeres débiles, sin recursos, con grandes limitaciones, que pudieron penetrar en la oscuridad más densa, y alcanzar pueblos sanguinarios y crueles que fueron transformados por el poder del evangelio. Ellos creyeron a Jesucristo cuando dijo “yo les daré palabra y sabiduría”, ellos recibieron el poder, porque Jesucristo dijo “recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo”, y recibieron palabra y sabiduría, y recibieron el poder del Espíritu Santo, haciendo que resultaran irresistibles para el cumplimiento de la misión.

Nunca debemos olvidar las palabras del apóstol Pablo cuando dijo “Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias, porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2Coritnios 12:10) porque nuestra fortaleza no está en nosotros, sino en Dios. Y en Dios tenemos nuestra defensa. Dios es Dios de nuestra defensa.

**III DIOS, PARA NUESTRA DEFENSA NOS PROVEYÓ EL ESCUDO DE LA FE**

El apóstol Pablo escribió “Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” indicando que en la batalla espiritual es imprescindible el escudo de la fe, porque dice “sobre todo”, como si fuera la parte más importante de la defensa. porque no podrán combatir eficientemente si no cuentan con un escudo protector.

Hoy podríamos comparar al escudo antimisiles que se ha instalado en Israel y en otras regiones del mundo, llamado también “Domo de hierro” o “Cúpula de hierro”, o ABM. También se llaman “Sistema Arrow”, otro “Sistema Patriot” y otros más, que interceptan y destruyen los misiles lanzados por el enemigo. Si no fuera por estos escudos, la devastación sería terrible y las víctimas se multiplicarían.

Nosotros tenemos un escudo mucho más poderoso, que es el escudo de la fe. No cabe duda de que nuestro enemigo, Satanás, nos lanza sus misiles, nos lanza sus dardos de fuego directo a nuestra mente. Como, por ejemplo, nos dice: “No vale la pena que luches, Dios te ha abandonado” entonces levantamos el escudo de la fe y destruimos este dardo con la Palabra de Dios que dice “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación o angustia, o persecución o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? (Romanos 8:35) porque somos “vas que vencedores”. O cuando los temores nos asaltan y comenzamos a sentir miedo por las noches, levantamos el escudo que dice “En paz me acostaré y asimismo dormiré, porque solo tú, Dios, me haces vivir confiado” (Salmos 4:8) O si antes de un viaje sentimos temor de sufrir un accidente, levantamos el escudo de la Palabra de Dios que dice “Dios te guardará de todo mal, él guardará tu alma. Dios guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre” (Salmos 121: 7-8)

Cuando te asalten los temores y sientes angustia por lo que te puede pasar, o sientes una enorme preocupación por tu familia y por los que amas, entonces levanta el escudo de la fe. Aprende de memoria las promesas de Dios y repítelas, cántalas, escríbelas y declara tu fe y confianza en Dios. Porque la fe “es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”.

Como dice Salmos 28:7 “Dios es mi fortaleza y mi escudo; en él confió mi corazón, y fui ayudado, por lo que se gozó mi corazón, y con mi cántico le alabaré”. Subrayemos la frase “en él confió mi corazón y fui ayudado”. Por lo tanto, confía en Dios y serás ayudado.

**IV. DIOS, PARA NUESTRA DEFENSA NOS PROVEYÓ UN ABOGADO**

No hay cosa más destructiva que el pecado, porque no solamente nos separa de Dios y de todos los que amamos, sino que produce la muerte, “porque la paga del pecado” escribió Pablo “es la muerte”. El pecado hace que se levante un muro que impide que Dios escuche nuestras oraciones. El pecado bloquea e impide el crecimiento en la vida cristiana, nos anula y nos lleva al fracaso. Por este motivo vino Cristo para morir, según 1 Corintios 15:3 “Cristo murió por nuestros pecados”, y escribiendo a los Gálatas dijo “el cual (Cristo) se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo” (Gálatas 1:4) y a los Efesios le dijo “Y él (Cristo) os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1)

Por eso, cuando uno recibe a Jesucristo nace de nuevo. Sus pecados son quitados y entra en una hermosa comunión con Dios. Y, sin embargo, puede ocurrir que en esta vida nueva se equivoque, y cometa errores, puede ocurrir que peque contra Dios y sienta una gran carga en su alma porque algo se ha roto en su interior, y el gozo que sentía ya no lo siente más.

Entonces ¿qué puede hacer? El apóstol Juan escribió “Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis, y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1) Si hemos pecado, tenemos un παράκλητος, (parákletos) un abogado, un defensor, un socorrista, uno que intercede por nosotros, uno que se coloca a nuestro lado como protector, que nos da una mano y nos ayuda. Y como podemos notar, no es un abogado que presenta las garantías de un proceso penal a favor de un cliente, como lo hacen los abogados que conocemos, sino un amigo que nos defiende como un abogado pero es mucho más que un abogado. Porque además, él es el ἱλασμός (ilasmós) es “la propiciación” por nuestros pecados, es la “expiación” por medio del cual nuestros pecados son perdonados, él es el sacrificio ofrecido a Dios en nuestro lugar. Por eso Jesucristo es más que un abogado, porque ningún abogado se sacrificará, se inmolará o morirá por alguno de sus clientes. Un abogado observa todo desde lejos sin involucrarse en el proceso, pero Jesucristo se involucró por nosotros hasta la muerte, para que nosotros tengamos vida.

CONCLUSIÓN:

¡Qué bueno es saber que Dios es nuestra defensa! ¡Qué bueno es saber que nos ama tanto que cuida nuestra salud espiritual proveyéndonos en su Palabra los nutrientes que necesitamos para no enfermarnos espiritualmente! Así como los padres que desean lo mejor para sus hijos, Dios como nuestro Padre desea vernos sanos, felices y seguros.

¡Qué bueno es que nos diga que no debemos preocuparnos por lo que debemos decir en nuestra defensa, porque él nos dará la palabra y la sabiduría” y qué bueno es saber que nuestra fortaleza no está en nuestras fuerzas, sino en nuestra debilidad. Porque es aquí donde Dios se glorifica mostrando su poder y su gracia. Porque cuando nos sentimos fuertes, somos en realidad débiles, y cuando nos sentimos débiles, somos fuertes, porque nuestra fuerza viene de Dios.

¡Qué bueno es saber que tenemos un poderoso escudo de fe que puede apagar los misiles que el diablo nos lanza! Todo dardo encendido lo apagaremos levantando el escudo de la fe mediante las promesas gloriosas de Dios. Por eso cada cristiano debe armar su batería de fe aprendiendo de memoria las promesas de Dios contenidas en la Biblia, y levantar su escudo de fe cada vez que haga falta.

Pero sobre todo, ¡Qué bueno es saber que si alguno de nosotros ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, tenemos a Jesucristo, el justo”, tenemos un amigo, un amigo a toda prueba que se sacrificó por nosotros como un holocausto para que tengamos vida en su nombre. Solamente los que han recibido a Jesucristo pueden afirmar con total certeza que Jesucristo es su Abogado, y solamente ellos pueden recurrir a él para su defensa.

¿Recibiste a Jesucristo en tu corazón? Si es así, Dios está de tu lado y proveyó todo lo que necesitas para tu defensa. Porque Dios es tu defensa.